

## La Enfermera Vendedora Ambulante

{El autor colabora de modo informal en proyectos para mejorar la enseñanza de matemáticas. }

*“Cuando yo era una niña de ocho años, ya huérfana de padre, mi mamá por poco murió del tuberculosis. Día tras día se hizo más débil, más enferma, y yo no podía hacer nada. Por eso quiero ser enfermera.”*

Lo anterior, lo escribió una señorita (llamémosla “Cristina”) en una de sus últimas tareas antes de que abandonara sus estudios de enfermería, para convertirse en vendedora ambulante. Hija de una familia amiga indígena y humilde, fue alfabetizada por mi esposa. Por diez años, participó en mis asesorías gratuitas de matemáticas. Unos cuantos de mis estudiantes fueron más talentosos que Cristina, pero ninguno se le podía comparar en cuanto a entrega y disciplina. Vale la pena conocer el calvario escolar que logró abatir a una señorita tan motivada y trabajadora.

Todos conocemos la larga trayectoria de clases inútiles y gastos innecesarios que ha transitado el alumno egresado de la prepa. Es de anhelarse que él o ella no tenga que aguantar más de lo mismo, para poder prestar al público un servicio tan noble y valioso como es la enfermería. Pero así fue, para Cristina. Imagínense: tareas de lectura imposiblemente largas, de porquerías de novelas que nada tuvieron que ver con la enfermería. “Cooperación” tras cooperación, y desperdicio de tiempo tras desperdicio de tiempo, para la preparación de espectáculos públicos. Todas estas injurias, y más, infligidas a alumnos que habían llegado (y pagado) para recibir una formación.

Pero Cristina es aguantadora desde la cuna, y (hasta hace poco) optimista a más no poder. Cada día, se levantó temprano para llegar a nuestra casa a estudiar y desayunar. Después, entró a trabajar en una tienda. Terminando, se fue corriendo a la escuela. Salió alrededor de las 9 de la noche, para ir a cenar y estudiar con nosotros. Bien entrada la noche, volvió a casa por calles solas que la policía no vigila por carecer de gasolina para sus vehículos.

Una vida pesada, pero Cristina recibió buenas calificaciones, y ganó el respeto entusiasmado de las enfermeras con las que trabajó en su práctica. Sin embargo, su cansancio, ansiedad, y naciente depresión nos preocuparon a mi esposa y a mí. Por fin, llegó el día. Sin avisarnos (por pena, sin duda), Cristina abandonó sus estudios para ser vendedora ambulante. Ya no nos visita más nuestra querida alumna y amiga que anhelaba ser enfermera para que no quedaran huérfanas, niñas pobres.

Ante este suceso, no puedo sino acordarme de las palabras del famoso matemático y filósofo Alfred North Whitehead:

*Cuando uno reconoce plenamente la importancia que tiene la educación de nuestros niños, y toma en cuenta las vidas arruinadas, las esperanzas desbaratadas, y los fracasos nacionales que resultan de la inercia frívola con la que ésta se trata, es difícil no entregarse a una furia salvaje.*

¿Quién sabe cuántas más vidas frívolamente arruinadas hay, entre las vendedoras ambulantes que supuestamente desbaratan al Centro Histórico de nuestra ciudad?